

tas á las corporaciones, y no á las personas; lo cual quiere decir que un poco de justicia le es necesaria, y que mucha justicia le es funesta.

La república hará sus inventarios; pero será un crimen contra la seguridad del Estado hacer el balance de un ciudadano. La nacion y las provincias harán sus cambios segun las leyes absolutas del valor; pero á cualquiera que pretenda aplicarse á sí mismo y á los demás este principio, se le considerará como monedero falso y se le castigará con la muerte, pues personificando en él la justicia social, habrá abolido la comunidad.

Pero... ¿qué digo? El socialismo no cuenta ni puede contar: ni más ni ménos que la economía política, afirma la incomensurabilidad del valor; sin esto, comprenderia que lo que persigue á través de sus utopias, está dado en la ley del cambio; buscaria la fórmula de esta ley, y como la teología despues de haber descubierto el sentido de sus mitos, como la filosofía despues de haber construido su lógica, el socialismo, habiendo encontrado la ley del valor, se conoceria á sí mismo y dejaria de existir. El problema de la reparticion no lo abordó de frente ningun escritor socialista; y la prueba de que esto es así, está en que todos concluyeron, como los economistas, declarando imposible una regla de reparticion. Los unos adoptaron por divisa: *á cada uno segun su capacidad, y á cada capacidad segun sus obras*; pero se guardaron muy bien de decir cuál era, segun ellos, la medida de la capacidad ni la del trabajo. Los otros añadieron al trabajo y á la capacidad un nuevo elemento de valuacion, que es el *capital*, ó por mejor decir, el MONOPOLIO, y probaron una vez más que eran unos plagiarios serviles de la civilizacion, por más que se hiciesen notar por sus pretensiones á lo imprevisto. Por último, se formó una

tercera opinion que, para huir de estas transacciones arbitrarias, sustituye la racion á la reparticion, y toma por epigrafe: *A cada uno segun sus necesidades, teniendo en cuenta los recursos sociales*. De este modo, el trabajo, el capital y el talento, quedan eliminados de la ciencia; al mismo tiempo se suprimen la jerarquía industrial y la competencia; además, la distincion de los trabajadores en *productivos* é *improductivos*, se desvanece porque todo el mundo es funcionario público; la moneda queda definitivamente proscrita, y con ella todo signo representativo del valor; el crédito, la circulacion, la balanza del comercio, no son más que palabras vacías de sentido bajo este imperio de la fraternidad universal. ¡Y yo conozco personas de verdadero mérito que se dejaron seducir por esta simplicidad de la nada!

Vos lo habeis dicho, mi querido Villegardelle; la comunidad es el término fatal del socialismo; y por eso el socialismo no es, no fué, ni será nunca nada, porque la comunidad es la negacion de la naturaleza y del espíritu; la negacion del pasado, del presente y del porvenir.

§. VII.—La comunidad es imposible sin una ley de organizacion, y perece por la organizacion.

Nada hay más fácil de hacer que un plan de comunismo.

La república es dueña de todo; distribuye sus hombres, desmonta, cultiva, construye almacenes, cuevas y laboratorios; levanta palacios, talleres y escuelas; fabrica todas las cosas necesarias, como son vestidos, alimentos, etc.; dá la instruccion y los espectáculos, todo *gratis*, segun se cree, y con arreglo á sus recursos. Todos son obreros nacionales, y trabajan por cuenta del Estado que no paga á nadie,

pero que cuida de todo el mundo, como un padre de familia cuida de sus hijos. Tal es, poco más ó menos, la utopía de ese excelente Sr. Cabet, utopía renovada, con ligeras modificaciones, de los soñadores griegos, egipcios, siriacos, indios, latinos, ingleses, franceses y americanos; reproducida con variantes por el Sr. Pecqueur, y hácia la cual gravita, á pesar suyo, el representante de nuestra joven democracia, el Sr. Luis Blanc. Simple y perentorio, no se puede negar que este mecanismo tenga, por lo ménos, la ventaja de estar al alcance de todo el mundo. Así es que, leyendo á los autores, se percibe al momento que sólo esperan la controversia sobre las horas de trabajo, la eleccion de las costumbres y otros detalles insignificantes que, segun ellos, *no afectan en nada al sistema.*

Pero este sistema tan simple, en concepto de los utopistas, llega á ser de una extremada complicacion si se reflexiona que el hombre es un sér libre, refractario á la policia y á la comunidad, y que toda organizacion que violenta la libertad individual, perecerá por ella. Así se vé en las utopias socialistas presentarse siempre la apropiacion, y sin respeto á la fraternidad, turbar el órden comunista.

Hemos visto al Sr. Cabet permitir por las noches la colacion en familia, y á esta concesion añadir todavía otra: el domingo todo el mundo es LIBRE. Cada cual come en donde quiere; en su casa, en el restaurant ó en el campo, *ad vivitum*. Como una buena é indulgente madre, el legislador de Icaria sintió la necesidad de olvidar, de vez en cuando, el rigor comunista; quiso recordar á los ciudadanos que no eran *hermanos* solamente, sino tambien *personas*, y los domingos les dá libertad!

El Sr. Cabet hace más: con respecto á la agricultura, rehabilita la pequeña explotacion, casi puedo

decir, la pequeña propiedad. El agricultor de Icaria, colono de la república, vive sólo con su mujer y sus hijos en su casita y su pedazo de tierra: no ignoro que un gran número de comunistas reprueban este sistema, sobre el cual tampoco los economistas están de acuerdo; pero yo sostengo que si el Sr. Cabet es hereje, todos sus detractores lo son tambien; pues creo que no admitireis diferencia de principio entre ellos, si yo pruebo que sólo existe diferencia de forma. Probemos, pues, que toda organizacion, comunista ó no comunista, implica necesariamente libertad é individualidad del trabajo, lo mismo que toda reparticion implica proporcionalidad é individualidad del salario, lo cual nos conduce siempre á la imposibilidad del comunismo.

El primero y el más poderoso resorte de la organizacion industrial, es la separacion de las industrias, ó sea la division del trabajo. Con la diferencia de climas, la naturaleza preluvió esta division y determinó *á priori* todas sus consecuencias; el génio humano hizo lo demás. La humanidad sólo puede satisfacer sus necesidades generales aplicando esta gran ley de division que engendra la circulacion y el cambio. Además de esta division primordial, reciben los pueblos su originalidad y su carácter. La fisonomía de las razas no es, como se cree, un rasgo indeleble que se conserva por la generacion; es una marca de la naturaleza que sólo puede desaparecer por efecto de la emigracion y el cambio de hábitos. La division del trabajo no obra, pues, simplemente como órgano de produccion; ejerce tambien una influencia esencial sobre el espíritu y el cuerpo, y es la forma de nuestra educacion como de nuestro trabajo. Bajo todos estos aspectos, se puede decir que es creadora del hombre como de la riqueza, que es tan necesaria al individuo como á la

sociedad, y que respecto al primero, como á la segunda, la division del trabajo debe aplicarse con todo el poder y la intensidad de que es susceptible.

Pero... aplicar la ley de division, es fomentar el individualismo y provocar la disolucion de la comunidad: esta consecuencia es inevitable. Y en efecto; supuesto que en una comunidad bien dirigida, la cantidad de trabajo que debe proporcionar cada industria está conocida, y el número de trabajadores es conocido tambien; si el trabajo sólo se exige á cada uno como condicion de salario y de garantía frente á frente de todos, ¿qué razon habrá para que la comunidad resista á una ley de la naturaleza, limite su accion é impida sus efectos? ¿Y qué podría responderse al ciudadano que hiciese al gobierno la siguiente proposicion?

«La suma de los servicios que debe prestar el grupo de que formo parte, es de 1.000;

»El número de los dias de trabajo durante el año, 300;

»Somos cincuenta compañeros;

»Yo me comprometo, y pruebo con la memoria adjunta que mi proposicion es ventajosa á la república; me comprometo, digo, dando por garantía la parte que me pertenece en el consumo general, á proporcionar dia por dia, mes por mes y año por año, á gusto del gobierno, la fraccion del trabajo colectivo que se me asigne, aumentada en una décima parte, y pido en cambio que se me deje libre trabajando solo.»

¿Se declararía sospechoso á este ciudadano que pedia la emancipacion del trabajo, obligándose á pagar el diezmo de la libertad? ¿Se proscibiria la libertad individual en nombre de la general, que se compone de la suma de las libertades individuales? ¿Cuál sería el motivo de esta proscricion? ¡Liber-

tad; encanto de mi existencia, sin tí el trabajo es una tortura y la vida una larga muerte; por tí combate la humanidad desde su origen, y por tu reinado trabajamos todos en esta nueva y grande revolucion! ¿No serás tú algo más que la muerte de la conciencia bajo el despotismo de la sociedad, y por el temor de perderte será preciso que te inmole todos los dias?

¿Se dirá que no puede concederse la libertad del trabajo porque implica la apropiacion, y ésta el monopolio, la usura, la propiedad, la explotacion del hombre por el hombre? Yo replico al instante que si la libertad engendra esos abusos, es porque falta una ley del cambio, una constitucion del valor y una teoría de la reparticion que mantenga la igualdad entre los consumidores y el equilibrio en las funciones. Y ahora bien, ¿qué es lo que aquí se opone á la reparticion? ¿Qué es lo que rechaza con todas sus fuerzas la teoría del valor y la ley del cambio? El comunismo. Luego el comunismo rechaza la libertad del trabajo porque necesita una ley de la reparticion, y rechaza en seguida la reparticion, á fin de conservar la comunidad del trabajo. ¡Qué galimatías!

Organizacion del trabajo, division ó libertad del trabajo y separacion de las industrias, todos estos términos son sinónimos. Pues bien: la comunidad perece con la separacion de las industrias; luego la comunidad es esencialmente orgánica, y no puede existir ni renacerá en la tierra sino es por la desorganizacion. ¿Cómo se puede concebir una separacion de las industrias que no separe á los industriales, y una division del trabajo que no divida los intereses? ¿Cómo, sin responsabilidad, por consiguiente, sin libertad individual, se asegura la eficacia del trabajo y la fidelidad del rendimiento? El trabajo, decís, se dividirá, y sólo el producto será comun. Círculo vi-

cioso, petición de principio, logomaquia, absurdo. Acabo de probar que el trabajo no puede dividirse sin que el consumo se divida también; en otros términos, que la ley de división implica una ley de repartición, y procediendo ésta por *debe y haber*, sinónimos de *tuyo y mio*, la comunidad queda destruida. El individualismo existe, pues, en el seno de la comunidad, en la distribución de los productos y en la división del trabajo: dígase lo que se quiera, el comunismo está condenado á morir, y sólo le queda el derecho de optar por la justicia, resolviendo el problema del valor, ó crear, bajo el manto de la fraternidad, el despotismo del número en vez del de la fuerza.

Todo cuanto el socialismo dijo, desde la muerte de Abel hasta los fusilamientos de Rive-de-Gier, sobre este gran problema de la organización, no fué más que un grito de desesperación y de impotencia, por no decir una declamación de charlatan. Ni hoy ni nunca, nadie en el socialismo ni en el partido propietario resolvió las contradicciones de la economía social; y todos esos apóstoles de organización y de reforma, son explotadores de la credulidad pública que descuentan, en nombre de la ciencia futura, el beneficio de una verdad tan antigua como el mundo, y cuyo nombre no saben articular siquiera.

¿Será el productor libre en su trabajo? A esta pregunta tan sencilla, el socialismo no se atreve á responder; y á donde quiera que se vuelva se vé perdido. La división del trabajo está unida por un lazo indisoluble á la repartición matemática de los productos, y la libertad del productor á la independencia del consumidor. ¡Suprimid la división del trabajo, la proporcionalidad de los valores, la igualdad de las fortunas, y el globo, capaz de alimentar á diez mil millones de hombres ricos y fuertes, apenas basta

para algunos millones de salvajes: suprimid la libertad, y el hombre no es más que un miserable galecte *que arrastra hasta el sepulcro la cadena de sus engañosas esperanzas*; suprimid el individualismo de las existencias, y convertireis á la humanidad en un gran pólipa.

Afirmad la división del trabajo, y la comunidad desaparece con la uniformidad; afirmad la libertad, y los misterios de la policía se desvanecen con la religión y el Estado; afirmad la organización, y la comunidad de bienes, cuya inevitable consecuencia es la comunidad de las personas, no será más que una horrorosa pesadilla.

La comunidad con la división del trabajo, con la libertad y con la organización, ¡gran Dios! es el caos con los atributos de la luz, de la vida y de la inteligencia. ¡Y me preguntais por qué no soy comunista! Consultad, si gustais, el diccionario de las antonimias, y sabreis por qué no soy comunista.

§. VIII.—La comunidad es imposible sin la justicia, y perece por la justicia.

El no-yo, decía un filósofo, es el yo que se objetiva, se opone á sí mismo y se toma por otro: el sujeto y el objeto son idénticos. A igual A.

Este principio, que sirve de base á todo un sistema de filosofía, y que se puede considerar como verdadero en la especulación, es también el punto de partida de la ciencia económica, y el primer axioma de la justicia distributiva. En este orden de ideas, A igual A, quiere decir que el trabajo realizado es matemáticamente igual al trabajo pensado; por consiguiente, el salario del obrero es igual á su producto, el consumo igual á la producción. Esto es verdad para el individuo que cambia con otros productores,